



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Agresividad y mundo moderno

Entre los temas actuales que parecen interesar más al hombre de hoy y a la sociedad, está sin duda alguna, la agresividad. "Sólo en el ámbito anglosajón —escribe Hacker—, se han publicado durante los últimos cinco años más de seis mil libros que se ocupan del tema de la violencia y de la agresión, sin contar las decenas de miles de artículos publicados en revistas y periódicos".

El mismo libro de Hacker, que ahora comentamos aquí¹ se ha convertido en menos de dos años en un "best seller mundial". El autor intenta redimensionar la imagen del hombre tomando ocasión de un único principio, que hace maximalista y exclusivista: la agresividad. Toda la arquitectura de su imagen del hombre se vertebra a la sombra de este principio. Recuerda bastante al modelo freudiano del hombre, construido sobre el principio del eros, del que ciertamente parece haber toma-

1. HACKER, Friedrich, *Agresión*, Ed Grijalbo, 1973. Barcelona. 548 páginas. Traducción de Feliu Formosa.

do ejemplo, sustituyéndolo, por el de la agresividad. Bajo esta perspectiva es lógico suponer que el "homo sapiens" se constituya, por una degradación elocuente —que resulta ser también agresiva— en "homo brutalis", que es definido por el Catedrático de Psiquiatría del Sur de California como la "criatura compleja, lúcida y con capacidad de decisión, la cual ávida de simplicidad, de ceguera y de seguridad moral, aplica la violencia, primero a los hechos, después a su percepción y finalmente a los demás, que, por la mismas razones, le responden con lo mismo: con la violencia" (p. 25). Esta definición es ampliada más adelante (p. 119), al afirmar que "el hombre procede de fieras carnívoras. De acuerdo con su verdadera esencia, es y seguirá siendo una bestia que mata y que, gracias a su inteligencia y a su imaginación, así como por la falta de mecanismos de represión existentes en todo animal, resulta especialmente peligrosa y violenta. La violencia y la agresión serían la verdadera esencia del ser humano". "La naturaleza humana agresiva sería innata e inmutable, heredada y no disimulada. Nada puede cambiarlo".

Agresividad e instinto

Como puede observarse, Hacker admite el carácter innato de la agresividad, pero al radicalizarlo tanto, desfigura notablemente su definición. Que la agresividad existe en el hombre como un instinto parece ser reconocido por la mayoría de los científicos. Pero conviene hacer notar tres presupuestos inherentes al concepto de cualquier impulso humano, aunque sea innato:

1.º La plasticidad de estos impulsos que permiten su adaptación a muy diversas circunstancias, que se dejan modelar adquiriendo nuevos perfiles a lo largo de la vida, y sobre todo, que en un hombre normalmente constituido, son siempre asumibles en el uso que de la libertad hace la razón.

2.º El carácter positivo de los mismos, que en la presente obra apenas si aparece. Sin la agresividad la existencia humana quedaría amputada y deformada.

Libros

Valorar sólo el lado negativo de la agresividad —piénsese en el niño que destruye el juguete con fruición, llevado de su deseo de conocerlo— significa dejar incomprendida la otra mitad del fenómeno. El mismo avance de la ciencia le debe no pequeña parte. De aquí que una discípula de Freud, Melanie Klein, se refiera a este instinto con el adjetivo de epistemológico, en tanto que va unido inseparablemente a la curiosidad y al deseo de conocer.

3.º La posibilidad de modificar estos humanos impulsos por estímulos sociales, resulta verificable, pero no tanto que hagamos depender sus manifestaciones necesarias y automáticas de ellos, como parece afirmar el autor.

Por todo esto pensamos que Hacker lleva demasiado lejos sus teorías, cerrando la posibilidad de abertura a la existencia humana.

Esta agresión individualizada trasciende lo personal y se constituye —siempre según su personal opinión— en el poder justificante y legitimador, origen de todas y cada una de las instituciones sociales. “Mediante la absorción y canalización de la agresión libre y causante de temores, la sociabilidad ayuda al individuo a liberarse de dichos temores. La ritualización liga los impulsos agresivos individuales a una acción cultural común y permite a los individuos libres de culpabilidad ser miembros obedientes de su sociedad... Por ello todas las instituciones, incluidas las ‘buenas’, son *objetivamente agresivas* por sí mismas y desde el principio, es decir, desde antes de que se vuelvan efectivamente agresivas” (pp. 97-98).

Ahora su teoría panagresiva ha saltado del plano individual, generalizándose en una crítica desgarrada de las instituciones. Sin embargo, la fundamentación científica de su exposición no recaba ningún dato en absoluto. Más bien hace intervenir de forma casi novelada (que analiza superficialmente, aunque con un nivel verbalizador que en algún caso puede ser incluso atractivo) “casos” famosos en la historia de la criminalidad individual y social. Este hecho no extraña, sabiendo que uno de sus puntos de partida es el escenario de su ejer-

cicio profesional como psiquiatra forense y especialista en criminología juvenil.

Del «harakiri» a los procesos de Nurenberg

El “harakiri”, los monjes budistas quemados para protestar contra la violencia de la guerra, los tupamaros y las guerrillas, los tiradores furtivos y los defensores del orden, ya sean éstos soldados o policías, el *obergruppenführer* de las SS, la primavera de Praga, la misma psiquiatría que puede ponerse en tantos casos al servicio de la brutalidad política, el caso patológico de Stephan Nasch, los casos de *amok*, los asesinatos famosos de Hollywood como el de Charles Manson, los procesos de Nurenberg, el estilo de vida actual, la tiranía, la anarquía y cualquier forma de gobierno, los medios de información, y todo lo que en el pasado o en el presente contenga una tilde de agresividad han sido incorporados al presente ensayo, en un intento de fundamentar el propio sistema de pensamiento.

A esta línea interminable de sucesos violentos se podría oponer alguna otra realidad humana, como por ejemplo el arte. Pero para el psicoanalista de California, el arte mismo es también agresividad: “el arte —añade— supone siempre el intento de dominar por el juego la agresión, de un modo consciente o inconsciente” (p. 486).

Tal punto de partida, que él nos recuerda en la página 164 —“La dedicación profesional a personas enfermas y a unos métodos e instituciones que deben contribuir a la curación y a la salud (y a veces lo hacen mediante el sufrimiento)” — le obligan a una afirmación categórica de la panagresividad como eje axiológico de la vida humana personal y social, que contradice paradójicamente su pretensión de que “este libro no quiere ser una Biblia de la violencia, y mucho menos una guía para la violencia; no pretende dar instrucciones para el uso de la violencia ni estimularla”. Con esta interpretación de lo humano se confunde y, obviamente puede confundir a muchos lectores.

Así por ejemplo, el sacrificio personal, el espíritu de entrega incondicional, o el cumplimiento del deber, e incluso las virtudes caballerescas son, para Hacker, una manifestación más del orden violento que la cultura de todos los tiempos ha impuesto en su persecución incondicional de brutalizar el mundo (p. 125).

Débil fundamentación filosófica y científica

La fundamentación filosófica de su teoría, encuentra también fisuras que casi constituyen verdaderos hiatos o soluciones de continuidad imposibles de soldar con una cierta coherencia lógica. El ciclo dialéctico —y en ello intenta aplicar principios hegelianos disfrazados— se establece por “la crueldad ilimitada que produce su justificación ilimitada, que, a su vez, provoca una nueva crueldad monopolizada” (p. 28).

Citando a Sorel, hace suyo el principio según el cual, “la violencia cumple la única función creadora de la Historia”. Después de pasar revista, muy deprisa y superficialmente, a las distintas y variadas opiniones sobre la agresividad (Sartre, Nietzsche, Maquiavelo, Ghandi, y otros muchos), concentra sus esfuerzos en intentar una mejor aproximación a lo que sea o deba ser la agresión, desde un punto de vista científico.

Para unos la agresión estaría “biológicamente arraigada en el centro límbico” (Meyer), o sería un instinto tan amplio que incluiría hasta el instinto de lucha, y que resulta imposible de suprimir (Lorenz).

Para la mayor parte de los psicoanalistas de la primera hora, posteriores a Freud (desde Adler, Fenichel, Menninger, etc.), al no admitir el instinto de muerte freudiano, se separaron del maestro con gran radicalidad respecto de la teoría sobre la agresividad. En la actualidad, cada psicoanalista ha fabricado su propia teoría, que con resonancias más o menos distantes de la de Freud, admiten explicaciones, por lo general, multifactoriales y complejas, cohonestando así lo insintetizable.

Un buen grupo de ellos adscriben las causas de la agresividad al marco de las frustraciones, de las ame-

nazas y temores, de la búsqueda de estímulos, de las alteraciones producidas en la identificación con padres y educadores, de las discrepancias entre las esperanzas y las posibilidades de cumplimiento, etc. De este modo, "los audaces destructores de mitos, que han desenmascarado y destrozado los mitos del instinto, el impulso y la predisposición hereditaria, han hecho un mito de la 'sociedad'..., en la creencia de que el nuevo hombre es manejable ilimitadamente". De este modo, "toda institución es *objetivamente agresiva*; por su misma esencia, debe servirse de la agresión objetiva para poder cumplir su función de frenar y guiar la agresión individual".

Un problema con soluciones

Cuestión aparte forman los cuatro capítulos dedicados a entrevistar a Lorenz, K. Meninger, H. Marcuse, y otro anónimo interlocutor. La primera de las entrevistas apuntadas puede muy bien sembrar un cierto deje de desilusión en el lector, tal es la reducción simplificada que hacen del origen y teleología de las instituciones. A todo lo ancho de la conversación se aprecia más un intento de lucimiento personal (que deja paso a la revisión periférica de los tópicos típicos actuales), que un sincero afán por desvelar el fondo del problema.

Karl Meninger, es tal vez el único de los entrevistados que parece tener interés en sostener la comunicación aún a costa de afirmar personalmente un cierto compromiso existenciado con lo religioso. Es también, el que sin timideces propone algunas soluciones al problema de la agresividad actual. "No sabemos cuál es la receta para una solución —añade—, pero debemos intentar una y otra vez aportar soluciones. Más que hablar incesantemente de la próxima decadencia, pienso que es mucho mejor recordar a los hombres su deber, y su responsabilidad consigo mismo y con Dios. Para mí, es dicho sea de paso, una sola cosa... el conocimiento de la propia agresión o de las propias tendencias es el primer paso para el mejoramiento; ni la proyección, ni la negación de esas tendencias, ni su rebajamiento o el desplazamiento de la responsabilidad a otras personas, pue-

Libros

den ocasionar otra cosa que el aumento y la escalada de la violencia”.

Meninger ha partido desde la Clínica que lleva su nombre en Topeka, de la que es su fundador, y en la que continúa de director. Su personalidad científica, sin embargo, no es conocida por ese solo hecho, sino más bien por sus muchas publicaciones y sobre todo por la reforma del sistema penitenciario. A lo largo ya de muchos años viene dirigiendo centros de reeducación y re-socialización para delincuentes, en los que ha conseguido disminuir el número de reincidencias en un 73 % en algunos casos. Para él, la agresividad no se queda en lo instintivo-condicionado, que también admite, sino que buceando en su amplia causación amplía su *weltanschauung* a otras provincias importantes para comprender lo humano. “No tomamos en serio —dice Meninger— ni el pecado hereditario, ni nuestra disposición biológica, ni la muerte... El hombre es un ser violento, e incluso pecador. Soy consciente de que esta expresión no es muy moderna para un científico... Creo, de todos modos, que en cada uno de nosotros hay mucho de malo; creo que tenemos que ser conscientes de nuestros pecados y que la única posibilidad para una salvación general y personal reside en hacer penitencia”.

Unas últimas páginas ponen fin al extenso libro, que acaso pudiéramos titular “El sofisma de las soluciones”, a juzgar por las recomendaciones que el autor nos invita a seguir, y que contradicen la totalidad de su pensamiento.

Otra consideración podría hacerse: ¿Qué hubiera pasado con el significado de esta obra, si el autor hubiese hecho justicia a esa capacidad humana de ternura y de *auctoritas*, entendida en el sentido de los clásicos? Acaso por este camino hubiera encontrado más fácilmente la perdida y buscada legitimación propia y de la agresión.

La traducción de F. Formosa es buena dada la complejidad del problema y la multitud de sutilezas y matices incorporados al tema. La edición hecha por Grijalbo resulta cuidada y bien presentada.

AQUILINO M. POLAINO-LORENTE